

que Maximiliano, para participarle el «voto de la nación», en tanto que el gobierno provisional, de acuerdo con los franceses, se esforzaba en preparar la restauración monárquica. Se había intitulado *Regencia del Imperio* y pretendía gobernar en nombre de *Maximiliano I, Emperador de México*.

SEGUNDA PARTE

LA REGENCIA

CAPITULO I

Delegación enviada á Miramar.—El señor Gutiérrez de Estrada.—El archiduque Fernando Maximiliano.—Su nacimiento en el castillo de Schenbrunn (6 de julio de 1832).—Su infancia.—Su vocación por la marina.—Teniente de navío.—Sus viajes.—Almirante y comandante en jefe de la marina militar.—Trieste.—Pola.—Proyecto de reorganización de los servicios y almirantes marítimos.—Viaje á Jerusalén.—En Egipto.—Nápoles y Tolón.—París.—Bruselas.—El rey Leopoldo.—La princesa Carlota.—Anuncio oficial de su matrimonio con el archiduque Maximiliano (8 de noviembre de 1856).—El reino Lombardo-Veneciano.—Maximiliano es nombrado gobernador.—Matrimonio del archiduque con la princesa Carlota (27 de julio de 1857).—Atentado de Orsini.—M. de Cavour.—Entrevista de Plombières.—Incidente del 1º de enero de 1859.—El archiduque es relevado de sus funciones.—Declaración de guerra.—Maximiliano, gran almirante y jefe supremo de la marina imperial.—Magenta.—Solferino.—Paz de Villafranca.—Desgracia de Maximiliano.—Excursiones marítimas.—“La Fantasía.”—Viaje al Brasil.—Madera.—Miramar.—Trabajos y escritos acerca de la marina.—La corona de México.

- No bastaba con proclamar el imperio: faltaba aún asegurar el consentimiento del Emperador.
- Una delegación escogida entre los miembros de la asamblea de notables, fué comisionada para

dirigirse á Miramar, á fin de ofrecer definitivamente la corona al archiduque Maximiliano. Se componía de tres ex-ministros, los señores Velázquez de León, Ignacio Aguilar y Marocho y Javier Miranda, del general Woll, de los señores Suárez Peredo, Landa, Escandón é Iglesias. Debían pasar á París y agregarse allí al señor Gutiérrez de Estrada, decano del partido monárquico, cuyos esfuerzos se veían de ese modo coronados por el éxito y al señor Hidalgo, ex-encargado de negocios de México en Roma.

Los delegados salieron de México el 18 de agosto de 1863.

El príncipe, de quien aguardaban, si no la regeneración del país, por lo menos su definitiva pacificación y su gobierno regular, parecía admirablemente apto para el papel difícil y glorioso que se le destinaba. En muchas circunstancias había dado pruebas de su carácter elevado, de sus ideas amplias y generosas, de su liberalismo ilustrado. Si los príncipes fueran en el trono lo que de ellos se espera antes de que á él suban, Maximiliano prometía ser para México un cumplido soberano.

Nació el 6 de julio de 1832, en el castillo de Schoenbrunn, en el momento en que otro príncipe, á quien su nombre aplastaba, á quien oprimía un título semejante á la sazón á singular ironía, hijo de Francia robado por el Austria, más aborrecido por su padre que amado por su madre, primero y último vástago de una raza que, por más vencida que estuviese inspiraba aún temor incons-

ciente, en el momento, decimos, en que el Rey de Roma expiraba á los veintiún años de edad, víctima de mal desconocido.

A pesar de esta tumba, abierta tan cerca de la cuna del recién nacido, sus padres, que no creían en los presagios y que ignoraban el porvenir, se regocijaron con el nacimiento: era el segundo hijo que la archiduquesa Sofía daba á su esposo, el archiduque Francisco Carlos. El niño era hermano de Francisco José, que debería de ceñirse en 1848 la corona imperial, en medio de las más difíciles circunstancias y oponer á las desgracias públicas y privadas que le han asaltado y que todavía le asaltan, noble constancia y resignación admirable.

Frágil y delicado, Maximiliano no hubiera quizás vivido, sin los cuidados asíduos de su madre. Gracias á ellos su constitución acabó por triunfar de su debilidad y el niño se metamorfoseó en un hombre robusto capaz de soportar todas las fatigas. Jamás olvidó lo que debía á aquella de quien fué, pudiera decirse, dos veces hijo, y cuando, durante los días tempestuosos de 1848, los gritos de muerte, precursores de más terribles violencias, perseguían á la archiduquesa Sofía, pudo verse á Maximiliano con su hermano mayor Francisco José, formar á su madre una trinchera con su propio cuerpo.

Días tristes para la casa de Austria, los días en que el viejo trono pasó del poder del emperador Fernando al de Francisco José. Maximiliano tenía apenas dieciseis años; pero asistió con sus her-

manos al gran consejo celebrado el 2 de diciembre de 1848 en la sala de la Coronación, donde debía verificarse esta imponente ceremonia. Alma tierna y orgullosa la suya ¡cuál fué su emoción cuando oyó al príncipe de Schwarzenberg leer en voz alta el acta en que se declaraba la mayoría de Francisco José; el acta en que el archiduque Francisco Carlos, su padre, renunciaba al trono, y por fin, el acta de abdicación de Fernando en favor de su sobrino! Y con qué emoción, no menor, asistió á la proclamación del nuevo Emperador, á quien se tituló Francisco José I!

Todos, con excepción de los dos emperadores, pusieron en seguida su firma en el acta en que se hacía constar el cambio de reinado. Y bien, he aquí un incidente muy significativo: M. de Hubner, el último de los firmantes, acababa de hacerlo y manifestó la intención de conservar la pluma que sirviera en esta solemne circunstancia, cuando Maximiliano, cuyos sentimientos íntimos traicionaban sus ojos preñados de lágrimas, se lanza hacia él, y toma de sus manos la pluma, diciéndole: "Tengo más derechos que vd., señor de Hubner, para guardarla como una reliquia de familia!" Todavía se encuentra esa pluma entre los recuerdos históricos amontonados en el castillo de Miramar....

Este joven príncipe, á quien los suyos llamaban *el observador atento*, se mostró como el más abnegado hermano, durante todo el tiempo en que el Emperador debió luchar por medio de las armas, para mantener la integridad de sus estados. Cuando se restableció el orden, pensó en hacerse útil;

obedeciendo á su viva afición á la marina, solicitó y obtuvo de su hermano la autorización para hacer su primer viaje. Visitó de esa suerte Atenas, Esmirna, y volvió, más que nunca enamorado de la mar. En 26 de octubre de 1850, anunció públicamente su resolución de entrar á la marina austriaca y tomó el uniforme de teniente de navío.

El año siguiente, pudo navegar de veras. La fragata "La Novara," cuyo nombre, como por fatalidad, se encuentra asociado á todas las fases alegres ó lúgubres de la existencia del príncipe, fué el primer navío en que se embarcó en calidad de oficial y en el que hizo un honor para sí, del cumplimiento de sus deberes.

Estas navegaciones primeras, en los años de 1852 y 1853, no fueron sino viajes de recreo. Los aprovechó para visitar Mesina, Nápoles, la isla de Elba, Córcega, Gibraltar, Lisboa, Tánger y Argel; hizo también un viaje por las costas de la Dalmacia.

Llegó por fin el momento en que su vocación hubo de recibir satisfacción completa. El mando superior de la marina austriaca estaba confiado desde muchos años antes á un general de artillería, el conde Francisco de Wimpfen. El emperador cedió á las solicitudes de su hermano: dos decretos llamaron al general de Wimpfen al mando del primer cuerpo de ejército y nombraron al archiduque Fernando Maximiliano almirante y comandante en jefe de la marina militar. Estos decretos llevaban fecha de 10 de septiembre de 1854; un mes más tarde, el príncipe venía á Tries-

te, á tomar posesión de las altas funciones que se le confiaran.

Entendía ser, no un príncipe, sino un marino.

Con ardor infatigable quiso presidir á todo, examinarlo todo por sí mismo. La marina austriaca, bajo la dirección de un general de artillería, apenas disfrutaba de existencia: pocos marineros, pocos buques, nada de puertos. Se dirigió á Pola y, desde allí, trazó por sí mismo el plan de los almacenes de construcción que se prometía elevar en el fondo de esa rada magnífica, á fin de hacer de ella el primer puerto militar de Austria. Indicaba en los alrededores los puntos que deberían fortificarse, para que el puerto fuese inaccesible á las escuadras enemigas.

Luego presentó á su hermano—quien lo aprobó—un voluminoso proyecto de reorganización de los servicios marítimos. De tiempo en tiempo, volvía al mar. El Oriente le atraía: en junio de 1855, se dirigió hacia la Tierra Santa. Ocurrió, durante este viaje, un hecho digno de relatarse.

Era en la pequeña rada de Kaiffa, al pie del monte Carmelo: el príncipe tuvo deseos de visitar el convento de Franciscanos que se eleva en ese lugar y se hizo anunciar al superior. Desde hace setecientos años, el pabellón francés ondea en todos los conventos de la Tierra Santa. El príncipe advirtió nuestro pabellón en el momento en que se preparaba á subir al monte Carmelo: envió en seguida á uno de sus oficiales á solicitar que, á su llegada, el convento izara los colores austriacos. No dudaba de que se apresurarían á obsequiar

sus deseos. Pero el superior contestó que, por mucho que le honrase la visita del archiduque, esa deferencia no podía convertirle en un ingrato hacia Francia, protectora de los cristianos en Oriente; y rehusó cambiar el pabellón.

¿Recibiría hoy día un príncipe alemán la misma respuesta?

El archiduque no comprendió el sentimiento de gratitud tan natural en esos religiosos ignorantes de cosas de política y regresó sin subir al convento.

Visitó la Tierra Santa, Jerusalén, Damietta, atravesó el istmo de Suez, que un audaz francés se preparaba entonces á perforar y recorrió todo el alto Egipto. Esas comarcas, en que dejaron los Faraones monumentos tan gigantescos, recuerdos siempre vivos de su destruida raza, hicieron profunda impresión en el ánimo del príncipe. Llevó de ahí todo lo que pudo, en vasos, bajo-relieves, piedras geroglíficas, momias y sarcófagos; pero lo que no pudo llevarse fueron esos bosquecillos de adelfas y esas selvas de palmeras que constituyen el adorno perdurable de las riberas del Nilo y que le hundían en interminable admiración. ¡Qué espectáculo, para él, las ruinas de Tebas, la de las cien puertas! No podía decidirse á abandonar esa tierra de maravillas.

Debió resignarse, sin embargo, á continuar su viaje. Llegó á Alejandría, de donde bogó hacia Nápoles y luego hacia Tolón. Luego que estuvo en este puerto, el emperador Napoleón III le invitó á venir á París; pero él no obsequió el llama-

miento este año. No osó dar semejante paso sin el consentimiento de su hermano.

Lo obtuvo el año siguiente. El viaje á París no era quizás sino un pretexto para motivar otro, porque ya se hablaba de casarle con la princesa Carlota, hija del rey de los Belgas, y él tenía empeño en pasar á Bruselas, á fin de ver por sí mismo á la que le destinaban para esposa suya.

Después de la restauración, ningún príncipe de la casa de Austria había venido á Francia. Napoleón III recibió al archiduque con amabilidad perfecta y manifestó que experimentaba en verle vivísima satisfacción. El pueblo de París se sintió lleno de simpática deferencia hacia ese joven elevado, esbelto, rubio, cuyas maneras eran á la vez principales y familiares, cuya distinción era seductora y al que encontraba á menudo, curioso de observar y de ver, y perfectamente reconocible, no obstante su incógnito. El príncipe, al que no faltaban algunos prejuicios, explicables en un sobrino nieto de María Antonieta, notó, no sin sorpresa, esa actitud de una población, tan cruel en otro tiempo.

Algunos días después, estaba en Bruselas.

El rey Leopoldo había acogido con mucho gusto la idea de casar á su hija con el hermano del emperador de Austria: nada de extraño, pues, que acudiera, desde el castillo de Laeken, para recibir al archiduque con el ceremonial que se usa para los soberanos. Le acompañaba la joven princesa. Y la entrevista que siguió, hizo más

en pro de la proyectada unión, que las negociaciones de los diplomáticos.

Matrimonio de príncipes, matrimonio de amor: ¡cuántas veces, estas dos ideas, lejos de compadecerse, se oponen! Nada de eso sucedió en este caso: el joven príncipe se dejó seducir por las gracias de la princesa, que era aún más joven que él y creyó ver en su rostro de finos rasgos y de mirar profundo, el reflejo de una alma cándida y buena, entusiasta como él y como él, enamorada de grandes cosas; y en los días que siguieron, cuando la intimidad patriarcal del castillo de Laeken reemplazaba felizmente á las ceremonias oficiales, él soñó con hacer, de un matrimonio de príncipes, un matrimonio de amor.

Por su parte, la princesa Carlota, orgullosa quizás de sentirse escogida por mérito propio, feliz al imaginarse que su matrimonio la pondría en la primera grada del trono (1), acogió con regocijo esta brillante perspectiva.

La diplomacia no tenía ya que hacer otra cosa sino arreglar una unión consentida y deseada por los interesados.

Pronto, los periódicos oficiales anunciaron como cosa decidida el matrimonio del archiduque Fernando Maximiliano con la princesa Carlota María Amelia Clementina Leopoldina, hija de Leopoldo I, rey de los Belgas (8 de noviembre de

(1) El emperador Francisco José no tenía aún heredero varón. Desde la muerte del archiduque Rodolfo, Maximiliano, si viviera, sería ahora el sucesor designado de la corona imperial de Austria.

1856). Se convino, sin embargo, en que esta unión no sería consagrada sino algunos meses más tarde, cuando la prometida, que naciera el 7 de julio de 1840, ajustara los 17 años.

Durante los preparativos de este matrimonio, los acontecimientos seguían su curso, llenos, para el Austria, de sombrías predicciones.

Los tratados de 1815 pudieron darla el reino Lombardo-Veneciano; pero no conseguir que las poblaciones de esas bellas provincias olvidasen su patria de elección y aceptasen, sin esperanza de liberación, el verse sometidas á su poderosa vecina.

El emperador Francisco José, á quien preocupaban estos sentimientos hostiles, había emprendido el reconciliar á los italianos con la corona de Austria. Con ese objeto, se empeñó en residir en Venecia y en Lombardía durante el invierno de 1856-57; luego, y como sintiera la necesidad de un auxiliar, en esa difícil tarea, creyó que no podría encontrarle mejor que el archiduque Maximiliano y, en carta fechada en Milán, le nombró gobernador general del reino Lombardo-Veneciano (28 de febrero de 1857).

Si alguno podía acometer esa empresa con probabilidades de éxito, era sin duda el príncipe escogido. Su gobierno fué señalado desde el principio por la prudencia de las medidas y la habilidad de las concesiones, que hicieron augurar mucho bien de su administración. Pero el Piamonte, que con celoso cuidado vigilaba el estado de los espíritus en esas provincias que él seguía consi-

derando suyas, comprendió pronto el perjuicio que á su causa hacía la política liberal del nuevo gobernador. Tenía entonces á su cabeza un ministro de inteligencia de primer orden, de extraordinaria finura y que, superior en todo á Bismarck, que para cumplir su obra dispuso de fuerzas enormes, supo llegar á la liberación de su país y á la unidad italiana sin dinero, sin ejércitos y dió tal impulsión á su política que, aun después de su muerte, los acontecimientos en apariencia más infastos produjeron los más felices resultados para su patria. ¿Qué hubiera sido de Prusia, si la derrotan en Sadowa ó en Metz? Italia, entre tanto, se ha engrandecido con sus derrotas!

Cavour había tenido la destreza suprema de interesar en sus proyectos á los más poderosos soberanos europeos.

Una noche, después de una comida en las Tullerías, Napoleón III, cediendo á las seducciones de la palabra artificiosa y hábil del ministro piamontés, llegó hasta decirle:

—¿Qué se puede hacer por Italia?

—La pregunta es muy grave y viene de muy alto, replicó el ministro, para que yo pueda dejar de solicitar de V. M. el permiso de no darle mi respuesta, sino por escrito.

—Y bien, la esperaré, dijo el emperador.

Esto pasaba en 1855. En enero de 1856, Napoleón III recibió una extensa memoria que pintaba la deplorable situación de la península italiana. Cavour iba poco á poco adueñándose de la voluntad de su aliado grande,

Sintiéndose fuerte con el tácito apoyo del gobierno francés, no temió romper las relaciones diplomáticas con Austria, tan pronto como vió los efectos del nuevo régimen inaugurado por Maximiliano. La resolución no carecía de audacia. Un acontecimiento que hubiese podido perderlo todo, vino á salvarlo todo. Tales son las oportunidades admirables que la fortuna pone á veces al servicio de los hábiles.

En la noche del 14 de enero de 1858, las cortes europeas se enteraban con estupor de que cuatro italianos acababan de cometer en París un atentado contra la persona del emperador de los franceses. Orsini, Pierri, Gómez y Rudio, miembros de esas sociedades secretas que, desde hacía treinta años, conspiraban para obtener la independencia de Italia, intentaron asesinar á Napoleón III.

No cabe en la presente narración el estudio ni el examen profundo de las causas de la guerra de Italia. Baste con saber que ese atentado inflamó todas las imaginaciones. Las cartas de Orsini, en las que desautorizaba su atentado y suplicaba á Napoleón III que prestase á Italia su omnipotente auxilio, produjeron inmenso efecto y tuvieron en Europa profunda resonancia, precursora de graves complicaciones. Era la agitación que precedía á la tormenta.

A pesar de esos síntomas terribles, Maximiliano no perdió su valor ni se dejó desviar de la labor emprendida. Su matrimonio era ahora un hecho consumado: el 27 de julio de 1857 habíase

casado con la princesa Carlota y la pareja de príncipes había venido á instalarse al centro de ese reino Lombardo-Veneciano, que atraía la atención general.

M. de Cavour proseguía en sus designios. En el mes de julio de 1858 vino á pasar 48 horas en Plombières: vió allí al Emperador, de quien obtuvo una promesa formal de socorro.

Fué en esta entrevista, en la que se estipularon, si bien es cierto que verbalmente, con toda la precisión, en cambio, de un convenio escrito, el matrimonio del príncipe Napoleón con la princesa Clotilde, el apoyo armado de Francia contra un ataque de Austria, la constitución en la Italia septentrional de un reino de cerca de doce millones de habitantes para Víctor Manuel, y por fin, la cesión á Francia de Saboya y del condado de Niza. Sólo quedaba por fijar la fecha; y el emperador Napoleón se había reservado el fijarla con una de aquellas sonrisas significativas de que no se haría esperar mucho. M. de Cavour conocía, por lo demás, mejor que nadie, la manera de precipitar los acontecimientos.

Es conocido el incidente del 1.º de enero de 1859. Durante la recepción del cuerpo diplomático en las Tullerías, el Emperador, dirigiéndose á M. de Hubner, embajador de Austria, le dijo:

—Lamento que nuestras relaciones con su gobierno no sean tan buenas como en épocas pasadas; pero ruego á Ud. diga á su soberano que mis sentimientos personales no han cambiado con respecto á él.

Petrificado quedóse el archiduque Maximiliano al recibir el despacho que tales palabras contenía; luego, mostrándolo al doctor Illeck y al barón de Pont, que estaban entonces con él, les predijo claramente la guerra, cuyo preludio eran esas propias palabras. El 3 de enero envió á la Archiduchesa su esposa al castillo de Miramar, soberbia residencia que acababa de terminarse, y él se quedó solo en la brecha, decidido á luchar hasta el fin por el honor de su nombre y por la gloria de la casa de Austria.

Pero su dulzura, su liberalismo, su deseo de conciliación, no cuadraban con las miras del partido militar que á la sazón preponderaba en los consejos del soberano. Este, á instancias del conde Buol, se decidió á separar al archiduque de su gobierno general. El 21 de abril, por la noche, Maximiliano recibió en el castillo de Monza la siguiente carta:

“Mi querido hermano, archiduque Maximiliano: La actitud calmada que manifiesta la población de mi reino Lombardo-Veneciano, en medio de la agitación provocada por influencias exteriores, así como la obediencia llena de solicitud con que se ha conformado, aun en estos últimos tiempos, á las medidas legales de mi gobierno y con que ha satisfecho á las exigencias que las circunstancias me han obligado á imponer á mis súbditos, me inspira la confianza de que, en los graves acontecimientos que se preparan, sabrán también permanecer dentro del orden y la legalidad y no dejarán que su fidelidad hacia su legítimo amo sea

conmovidá por las excitaciones y por las ilusorias promesas de los fautores de desórdenes.

“Reconozco al mismo tiempo, en esa actitud de las provincias lombardo-venecianas, la prueba de que habeis desempeñado á mi entera satisfacción la misión de que os encargara al poneros al frente de la administración del país. Pero, habiéndome impuesto las circunstancias el deber de tomar medidas extraordinarias para la defensa de mi corona y para el mantenimiento del orden y de la seguridad interior, he debido reunir, para el efecto, en una sola mano, la autoridad civil y militar suprema del reino lombardo-veneciano y me he decidido á relevaros, hasta nueva orden, de las funciones de gobernador general, que habeis desempeñado con la mayor abnegación y con la mayor prudencia; y he determinado confiar esas funciones, en lo que concierne á la administración civil, al feldzugmestre conde Giulay, como jefe del mando general del país. — FRANCISCO JOSÉ. — Viena, 20 de abril de 1859.”

Dando ejemplo de la más absoluta obediencia, Maximiliano salió de la Lombardia al día siguiente. Recobró su título de gran almirante y jefe supremo de la marina imperial.

Algunos días más tarde, se había declarado la guerra y los ejércitos entraban en campaña (26 — 28 de abril.)

Conocidos son los acontecimientos que siguieron: Magenta, Solferino, el término de la guerra con la paz de Villafranca.

Los desastres habían introducido el desorden

en el gobierno austriaco: sólo el soberano los soportó con grandeza de alma. Los acontecimientos se habían apresurado á dar razón á los temores de Maximiliano: el partido militar, irritado con su derrota, se vengó de él, atribuyéndole que, con su benevolencia y con su debilidad, había dado ánimos á la revolución y al partido italiano. Mal comprendido, calumniado, el príncipe se aisló en su mando marítimo; se abstuvo de mostrarse en Viena, esperando sólo del tiempo la justicia á que creía tener derecho.

Volvió á sus primeros amores: emprendió una serie de excursiones por la costa, de las que la archiduquesa Carlota, que le acompañara, dejó la seductora historia en un librito titulado *Viajes á bordo de la Fantasia* (nombre de la fragata en que ambos navegaban).

La libertad de que en lo sucesivo gozaba Maximiliano trajo pronto su pensamiento hacia un proyecto de gran viaje que concibiera desde su primera juventud y á cuya realización se habían opuesto hasta entonces las circunstancias políticas. Con gusto habría dado la vuelta al mundo. Se contentó con preparar una excursión científica al Brasil: su intención era la de pasar allí el invierno con la archiduquesa Carlota.

El 10 de noviembre, acompañado de M. de Teghetoff, del doctor Illeck y de la señorita Beauvais, ex-institutriz de la princesa, partieron en la fragata "Elisabeth."

El mar estaba picado y la travesía fué horrible hasta Mesina. Llegaron á Madera el 6 de diciem-

bre. Fué en Funchal, capital de esta isla, donde Maximiliano escribió estas melancólicas líneas:

"He experimentado la necesidad de buscar, sobre las olas del Océano, ese reposo que la convulsamente agitada Europa niega á mi espíritu turbado. Sin embargo, profunda tristeza se ha apoderado de mí, cuando, al ver otra vez Madera, he comparado el pasado con el presente. Hace siete años, yo despertaba á la vida, por decirlo así, y marchaba hacia el porvenir alegremente; hoy siento ya fatiga; mis hombros no son tan ligeros como antaño . . . tienen que cargar con un pasado doloroso."

Quebrantada por el mal tiempo, la archiduquesa no pudo continuar el viaje. Por lo demás, la fiebre amarilla azotaba Rio Janeiro: Maximiliano dejó á su mujer en Funchal y se dirigió solo hacia el Brasil.

Se le recibió como á pariente en la corte del emperador don Pedro, en la que, en medio de continuas fiestas, permaneció hasta el 5 de febrero, siendo buscado por todos aquellos que, con el título de alemanes, podían recomendarse á él. No fué buena la impresión que sus compatriotas le causaron y es ocurrente el reproducir aquí el juicio que formuló acerca de ellos:

"Cuando se recorre el globo, se advierte con dolor la escasa consideración de que disfruta nuestra raza. Carece de todo lo que es necesario para fundar la política grande: de ese modo desempeña por doquiera papel singularmente mediocre. Desciende al puesto de sirviente de todas las de-

más razas, ó de peldaño para los más hábiles. Los alemanes no serán amos del destino, mientras se limiten al papel de filósofos, mientras fatiguen su espíritu con impracticables teorías, mientras mezcand su corazón en sensibilidades enfermizas, en lugar de inflamarlo con el orgullo y con el entusiasmo.

Recogió en Funchal á la archiduquesa y el 25 de marzo ambos desembarcaban en Ragusa.

Algunos días después, volvían á Miramar. Maximiliano había hecho de su gabinete de trabajo la copia exacta de su camarote á bordo de "Late Novara"; amontonó en su biblioteca todos los recuerdos recogidos por él en el discurso de sus viajes.

Durante estos años, se dedicó más particularmente á sus estudios sobre cosas marítimas.

Durante el otoño de 1860, escribió su folleto: *De la marina austriaca, por un marino austriaco*. Luego, asustado con los progresos constantes y con las invasiones del Piamonte, lanzó un grito de alarma en otro folleto titulado: *Nota acerca del estado de las fuerzas navales de Francia, la aliada del Piamonte*. "Napoleón—decía él allí— se sirve de Victor Manuel para sus fines; Victor Manuel se sirve de Garibaldi; Garibaldi, de la revolución en los países del Danubio y de los Balkanes; y así sucesivamente. ¿Quién puede decir hasta dónde llegará la llama de un incendio que se enciende?..."

Luego dicta á su camarero Kundrat, sus recuerdos de viaje más allá del Ecuador y á través del Brasil. Redacta un *Proyecto de reorganización*

de la marina austriaca; solicita la creación de un "presupuesto extraordinario de la marina de guerra." La prensa y las cámaras combaten sus proyectos. Toma otra vez la pluma y lanza un nuevo folleto á los hombres del parlamento. Su actividad y su enérgica insistencia acaban por triunfar y el gobierno se decide á penetrar en las miras del archiduque.

Fué en este momento cuando, por hallarse resuelta la intervención á México en el pensamiento del emperador Napoleón III, se dió, en Miramar, el paso cuyo relato se encuentra al principio de este volumen (4 de octubre de 1861).

Llenos el archiduque y la archiduquesa de deseo de reinar, acogieron favorablemente las primeras insinuaciones y siguieron con ansiedad profunda los acontecimientos políticos y militares del principio de nuestra intervención. Conocían el éxito de nuestras armas y acababan de saber el voto de la asamblea de notables y el envío de la delegación....

Estaban prestos para recibirla y dispuestos á darse á México, que parecía dispuesto á darse á ellos.